

GABRIELA MITIDIERI, *LAS TRABAJADORAS DE LAS ROPAS. COSER, LAVAR Y DISPUTAR DERECHOS EN LA CIUDAD DE BUENOS AIRES, 1848-1870*, BUENOS AIRES: PROMETEO, 2025, 259 PP.

DOI: <https://doi.org/10.15174/orhi.vi23.14>

La obra de Gabriela Mitidieri, basada en una exhaustiva investigación doctoral, analiza el mundo del trabajo de la confección en el Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX. El texto trasciende la historia social clásica al integrar categorías como *raza, clase, edad y migración*; no obstante, su mayor aporte es el uso del *género* como una herramienta metodológica y dinámica para reconstruir las trayectorias de costureras, sastres y lavanderas. Al reducir la escala de observación y apoyarse en las obras más importantes de E. P. Thompson, la autora dota de complejidad las nociones de *justicia, dignidad y oficio*. Así, el libro se sitúa en un diálogo fértil con la historiografía social, como la de Sábato, Romero, Lobato, Diego Armus, Allemandi, Valeria Pita y Florencia D’Uva, además de referentes internacionales como Judith Coffin, entre otros que son insoslayables.

La obra se organiza en cinco capítulos: el capítulo 1 se titula “Un ejército de costureras: uniformes, empresarios y trabajo femenino (1848-1870)”; el capítulo 2, “Redes migrantes de trabajadores y trabajadoras de las ropas. Desplazamientos, ayuda mutua y vínculos de dependencia en la segunda mitad del siglo XIX”; el capítulo 3, “Artesanos, trabajadoras y trabajadores en sastrerías y roperías (1851-1869)”; el capítulo 4, denominado “‘A la última moda de París’. Trabajo artesanal femenino detrás del consumo elegante en tiendas de modista (1851-1869)”; y el capítulo 5, “Nociones de justicia y derechos entre trabajadores y trabajadoras de las ropas (1852-1868)”.

En el primer capítulo, la autora desplaza el enfoque tradicional de la guerra hacia la agencia de los trabajadores del vestido. Se sustenta en una diversidad de fuentes que comprende la prensa de la época y la documentación del Archivo General de la Nación, particularmente los fondos pertenecientes a la Comisaría de Guerra y Marina. Mitidieri rescata la identidad de las costureras porteñas al revelar que el uniforme no era sólo una prenda estandarizada, sino un símbolo de estatus para el soldado, así como el producto del trabajo a destajo de otro ejército de costureras y sastres. La brecha de género en la manufactura no sólo evidencia la disparidad de ingresos, sino que revela una economía de subsistencia femenina basada en la diversificación de tareas; una respuesta necesaria ante salarios que resultaban insuficientes comparados con el rubro artesanal masculino.

La relevancia del oficio residía en su ubicuidad, abarcando desde talleres domésticos hasta la Cárcel Sastrería. En este espacio de reclusión, la producción seguía una estricta división de género: las costureras dependían de un sastre cortador que supervisaba y validaba su labor. El perfil dominante era el de mujeres pobres detenidas por delitos menores, quienes utilizaban la costura



como una estrategia de supervivencia ante la precariedad. Más allá de la diversidad laboral, lo central es la rigurosidad con la que Mitidieri analiza la experiencia del trabajo femenino en Buenos Aires. La autora revela la formación de circuitos basados en vínculos personales —desde lo libre hasta lo forzado—, donde operaban jerarquías claras, relevos generacionales y el liderazgo de las jefas de hogar.

El segundo capítulo utiliza los censos para reconstruir las rutas migratorias de artesanos y lavanderas, aunque Mitidieri aplica una crítica de fuentes para superar los sesgos de registro oficial. Mediante el cruce de datos, la autora logra visibilizar roles de género ocultos en las encuestas, permitiéndole jerarquizar los oficios y las múltiples tareas de subsistencia que definían la identidad de estas trabajadoras. El estudio de los desplazamientos revela una realidad compleja: desde la migración forzada de africanos esclavizados hasta la adaptación de artesanos a nuevos códigos culturales en Buenos Aires. En este proceso, la formación técnica (costura, aritmética y lectura) de mujeres y aprendices fue clave, pues no sólo aseguraba el sustento económico, sino que fortalecía los lazos familiares y consolidaba las redes de apoyo étnico-nacionales.

Entre los códigos y lenguajes compartidos por los trabajadores, destacan las rutas y las formas de transitar la ciudad; las costureras y lavanderas salían de sus hogares en busca de labor para coser o lavar, regresando con la carga del día sobre los hombros. Particularmente, las costureras que trabajaban a domicilio recogían los géneros previamente cortados por los sastres para confeccionarlos en sus talleres domésticos y, posteriormente, entregar las prendas terminadas. Un rasgo preponderante —y en absoluto baladí— es la visibilización del trabajo femenino en ámbitos de producción mayoritariamente masculinos, como el de los cortadores. El desafío residía en resistir la descalificación profesional inherente al trabajo a destajo; un sistema que, al priorizar la velocidad sobre la técnica, amenazaba con desarticular la identidad del oficio y subordinar el saber artesanal a la lógica de la producción estandarizada.

Bajo este enfoque, las sociedades mutualistas —como las Sociedades Africanas— funcionaron como espacios donde los trabajadores reafirmaban sus identidades de clase, género y etnia. Eran, asimismo, entornos de sociabilidad que remitían al origen compartido, las festividades, el ocio,

el mundo del trabajo y, en última instancia, al ciclo de la vida y la muerte. Por su parte, los franceses que migraron a Buenos Aires a mediados del siglo XIX operaron como una élite artesanal, cuyas condiciones favorables facilitaron la transición de operarios a propietarios. Al establecer casas de alta costura, reconfiguraron los oficios de la aguja no sólo como espacios de aprendizaje, sino como estructuras de explotación de mano de obra femenina, consolidando una clara división entre la gestión del diseño y la ejecución del trabajo manual. En ese contexto, la prensa local funcionó como un dispositivo clave para el reclutamiento de mano de obra y la promoción comercial, consolidando un circuito donde la cultura material y el taller resultaban indisolubles.

En los capítulos tres y cuatro, Mitidieri trasciende la mera descripción técnica para problematizar el impacto de la incipiente industrialización en el Buenos Aires del siglo XIX. Su análisis es incisivo al exponer cómo la vorágine capitalista degradó los oficios artesanales mediante la estandarización y la explotación de mano de obra barata. Lo más valioso de su crítica es cómo vincula esta erosión laboral con una reconfiguración de las jerarquías de género, revelando que la modernización tecnológica no fue un proceso neutro, sino un factor de precarización para sastres y costureras.

La venta y confección de vestimenta fue una de las actividades productivas y comerciales que más se extendieron en Buenos Aires, según el Censo Nacional de Población y las estadísticas comerciales de 1854. Bajo esa misma lógica, el análisis del mundo laboral vinculado a la sastrería y a la costura en roperías cobró mayor importancia, y resultó clave para comprender las dinámicas de trabajo y consumo en la sociedad porteña de la segunda mitad del siglo XIX, especialmente tras la reciente introducción de la máquina de coser en el país.

Más allá de su valor cuantitativo, el Censo Nacional de Población se presenta como una fuente fundamental para reconstruir la trama social de los espacios de trabajo, permitiendo analizar desde las lógicas productivas hasta los lazos familiares de sus integrantes. Un ejemplo claro de esta complejidad se observa en el mundo de la moda de Buenos Aires, donde la vestimenta y el calzado funcionaban como marcadores de jerarquía social bajo una fuerte influencia de la cultura francesa. En este escenario, artesanos destacados —como el sastre Paladio

Sanglas— confeccionaban ropa militar o diversas prendas a medida utilizando, en ocasiones, géneros importados de Francia. Tal como señala Mitidieri, estos espacios no eran homogéneos, sino que albergaban una estructura jerárquica compuesta por sastres, oficialas costureras y aprendices, quienes sostenían gran parte de la producción artesanal de la ciudad.

El mundo del trabajo de la sastrería y la costura es complejo y rico en información por varias razones. Entre las más sobresalientes están los tipos de producción que se realizaban, los cuales demandaban técnicas y habilidades distintas por parte de los artesanos. No era lo mismo, por ejemplo, coser o remendar prendas sencillas que confeccionar los uniformes del ejército y los de altos mandos. La jerarquía laboral no sólo se medía por los saberes y la experiencia en el oficio, sino también por la vestimenta que portaban, los salarios que percibían y los lugares donde vivían. Esto es relevante porque la división laboral, según las virtudes en la hechura de ropa, situaba en un nivel superior a los cortadores, maestros u oficiales (*pompier*) frente a los sastres principiantes o aprendices.

Uno de los aportes de Mitidieri destaca por hacer visible la resistencia del modelo artesanal frente a la fragmentación del capitalismo industrial. Pese al avance tecnológico y al pago a destajo, persistieron la transmisión generacional de saberes y el estándar de la buena hechura. Más que una técnica, el oficio cimentó redes de solidaridad y subsistencia: el envío de menores a talleres de maestros aseguraba el aprendizaje y garantizaba derechos básicos como alimentación, salud y educación, fortaleciendo el tejido social frente a la precariedad. Ante este panorama, cabe preguntarnos: ¿fueron estas redes de protección artesanal un acto de resistencia frente al avance del capital, o funcionaron como el soporte informal que permitió a la industria desatender sus responsabilidades sociales sin que el tejido comunitario colapsara?

Esta ambivalencia se materializaba con la configuración misma del entorno doméstico: el hogar operaba como una extensión precaria del taller o la fábrica, desplazando las relaciones laborales a espacios semipúblicos como los conventillos. Pese a la irrupción de la máquina de coser y la exigencia de nuevos saberes técnicos, la labor manual femenina se mantuvo como el eje del sustento familiar. Esta

transición desdibujó las fronteras entre artesano, obrero y trabajador autónomo, planteando el reto de construir categorías analíticas más complejas que trasciendan los manuales convencionales y capturen la hibridez de este universo laboral.

Los patrones de consumo de la élite dictaban la moda, a la vez que transformaban las relaciones laborales de las costureras. Se trataba de un nicho exclusivo “a la francesa” y de difícil acceso para la mayor parte de las trabajadoras de la aguja, lo que profundizaba la segmentación dentro del oficio. Es paradigmático el hecho de que las costureras trabajaran para modistas o confeccionaran productos que las clases mejor acomodadas podían consumir y lucir, mientras que el vestido propio era sencillo o incluso estaba roto en algunos casos. Mitidieri menciona que el intento de las trabajadoras pobres por vestirse de forma elegante era motivo de burlas públicas o de sospecha. La noción del vestuario femenino lujoso daba cuenta de una quimera inalcanzable y de una forma muy particular de interpretar el espacio urbano ocupado por las costureras.

Al respecto, puede analizarse un fenómeno social y laboral doble: el deseo de consumo y las oportunidades de empleo surgidas tras la apertura del mercado de la confección de prendas a medida. Este oficio parecía oculto a la mirada pública y, sobre todo, ante los aparadores y vitrinas que ostentaban la moda como producto de la modernización; sin embargo, existía detrás un mundo laboral heterogéneo y complejo en términos de relaciones de clase, género y raza. Este entramado articulaba los espacios domésticos con los circuitos comerciales, desplazando la mirada hacia experiencias poco visibilizadas, pero bien estructuradas y dotadas de sentido y códigos compartidos.

El capítulo final analiza el acceso de los trabajadores a la justicia, donde las nociones de *dignidad* y *derechos* se entrelazaron con las realidades de la esclavitud y el trabajo forzado. A través del uso de las fuentes judiciales, Mitidieri desentraña la agencia femenina, demostrando que su participación jurídica —especialmente entre 1850 y 1860— no dependía de la tutela masculina, sino de sus propias condiciones materiales de existencia. Al contrastar la autonomía de las querellas por alimentos con la carencia total de derechos en el trabajo esclavo (donde tiempo y salario eran inexistentes), la autora ofrece una lente de historia social y de

género que posiciona a las trabajadoras como sujetos políticos activos.

El cierre de la obra de Mitidieri no sólo explica una reconstrucción legal, sino un manifiesto sobre la desobediencia civil y la agencia interseccional. Al demostrar que las costureras no esperaban la tutela masculina para exigir justicia, la autora dinamita la imagen de la trabajadora pasiva del siglo XIX. Estas mujeres transformaron sus necesidades vitales en herramientas de disputa política, probando que la lucha por mejores condiciones de vida era la misma trinchera que el reclamo por la libertad. Bajo la óptica de Mitidieri, el lugar judicial se revela como el segundo taller de las trabajadoras: un espacio donde la dignidad no se cosía con hilo, sino con la audacia de mujeres afrodescendientes, migrantes y esclavizadas que desafiaron un sistema donde el color de piel y la condición jurídica pretendían anular su agencia. Entre 1850 y 1860, el reclamo de un salario justo o el derecho a la vestimenta digna dejó de ser

una súplica para convertirse en un acto de defensa contra la herencia colonial y la vorágine capitalista. Finalmente, al situar la práctica del oficio en el centro del análisis, el texto desplaza la ley como uno de los ejes que dan cuenta de lo político a “ras de suelo”. Lo que emerge es una cartografía del trabajo, donde la resistencia de las manos oprimidas deja de ser un dato marginal para convertirse en una categoría central que explica la complejidad y las contradicciones de la formación de un mercado laboral heterogéneo.

Fernando Vialli Ávila Campos  
*Instituto de Investigaciones*  
*Dr. José María Luis Mora, México*  
 ORCID: 0000-0002-7160-064X  
 fernandoavilacam@gmail.com

Fecha de recepción: 7 de marzo de 2026  
 Fecha de aceptación: 21 de abril de 2026